

Revista Aragonesa de Teología

Año XXIII - Nº 46 - 2017
Julio - Diciembre



Revista Aragonesa de Teología

CENTRO REGIONAL
DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE ARAGÓN
2017

Edita:
C.R.E.T.A.
Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón

Dirección:
José Alegre Aragüés

Comité de redacción:
Ernesto Brotóns
José Ignacio Blanco
Luis M^a Torra
Estela Aldave Medrano

Administración:
C.R.E.T.A.
Ronda Hispanidad, 10
50009 Zaragoza
Telf. 976467378

Suscripciones:
Secretaría del C.R.E.T.A.

Confección y maquetación:
C.R.E.T.A.

Impresión:
COPY CENTER DIGITAL
Avda. Goya 58
50005 Zaragoza

ISSN: 1135-0547
Depósito legal: Z-169-95

SUMARIO

	<u>Pág.</u>
<i>EDITORIAL</i>	5
1. <i>Cerebros, religiones, espiritualidades</i> Ramon M. Nogués	7
2. <i>La problemática ontológica de la mecánica cuántica</i> Lluc Torcal (Monje de Poblet)	19
3. <i>El dialogo ciencia-fe en el ámbito de la antropología</i> Carlos Beorlegui	53
4. <i>Inteligencia artificial y transhumanismo. Un reto teológico</i> Francisco José Génova Omedes	77
5. <i>Antología poética del final (I)</i> Andrés Ortiz-Osés	95

EDITORIAL

Nuestra Revista Aragonesa de Teología es una publicación integrada en una estructura académica de la que forma parte como cauce de conexión con un lector con el que se quiere tener una complicitad de conocimiento mutuo, comunicación, reflexión, investigación y oferta de posibilidades teológicas que alimenten la cultura religiosa de nuestra comunidad, preferentemente, pero no cerrada sino abierta a todos los que quieran participar en ella. No es órgano oficial, porque cada uno es responsable de lo que escribe, pero sí representa la pluralidad de un Centro que es el CRETA cuya personalidad y funciones van cambiando, afortunadamente, para ofrecer mejores servicios a quienes el estudio de la teología les parece positivo, oportuno o necesario.

El 11 de julio de 2016, la Congregación para la Educación Católica aprobó la agregación de nuestro centro teológico, el CRETA, a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca. Ese mismo año renovaba el patrocinio del ISCR 'Nuestra Señora del Pilar'. Anexa a la agregación está la capacidad de impartir el segundo ciclo de los estudios teológicos: la Licenciatura en Teología.

La especialidad que se nos ha encomendado, y que, D.m. este mismo curso ponemos en marcha, es la *Teología Catequética*, especialidad que habrá de definirnos y en la que, con humildad y firmeza, debemos trabajar para constituirnos con el tiempo en un verdadero referente. Todo ello nos llena de ilusión y de esperanza, y supone todo un hito en la historia reciente del CRETA y de nuestra Iglesia de Aragón. Creo, sinceramente, que es para todos nosotros un motivo de alegría, de agradecimiento por la confianza depositada en nosotros y de renovada responsabilidad.

La nueva situación alcanzada supone una mayor vinculación a la Universidad y un nuevo reto docente e investigador, que tendrá en la Catequética su principal campo de acción. Somos conscientes del gran servicio que nuestro Centro puede ofrecer a través de esta especialidad a la Iglesia y de la responsabilidad que arrastra consigo en el momento actual que vive la Iglesia de conversión pastoral y misionera. Por otra parte, los nuevos proyectos de formación pastoral que se nos han solicitado, la DECA y el Máster en Ciencias Religiosas sobre *Biblia y Evangelización* del ISCR apuntan en la misma dirección y expresan esa necesaria interrelación entre nuestros centros.

El desafío es grande. Inserta en el dinamismo de la fe que busca dar razón de su esperanza (1 Pe 3,15), e inserta en la misión salvífica de la Iglesia (EG

133), la teología sirve al encuentro misericordioso de Dios con el hombre, es factor que crea y genera comunidad y contribuye a la construcción de una sociedad más humana, justa y fraterna. De ahí su carácter evangelizador, pastoral y espiritual, en perfecta sintonía con los retos y desafíos de los planes pastorales de nuestras diócesis de Aragón. Nuestras programaciones pastorales, de hecho, recuerdan la importancia y la necesidad de la formación para la evangelización y para la revitalización de las comunidades cristianas. La vuelta al corazón del Evangelio, sin confundir lo secundario con lo esencial, la atención a los signos de los tiempos, el diálogo con el mundo y la cultura actual y la asunción de nuevos lenguajes y formas en el anuncio del Evangelio, requieren de agentes de pastoral capacitados pastoral y teológicamente, y en actitud permanente y constante de formación. En consecuencia, la formación teológica no supone ningún «plus» o añadido a la vida cristiana, ni a la propia acción pastoral, sino que debe estar en la agenda de las distintas realidades eclesiales de la Diócesis como una urgencia y una prioridad (cf. *ChL57*). A este respecto, que tanto las puertas del ISCR como del CRETA estén ya abiertas a seglares y religiosos suponen una oportunidad y, de nuevo, una responsabilidad para todos.

Esperamos responder con fidelidad y buen hacer a la misión encomendada, a la par que renovamos nuestra vocación de servicio a Dios, a la sociedad y a la acción evangelizadora de la Iglesia. Ello nos obliga:

1. A cultivar, con sencillez y mucha humildad, una profunda y encarnada experiencia de fe. No en vano, la teología real se hace con la mente abierta y de rodillas, abiertos continuamente al «semper maior» de Dios y de la verdad, siempre en desarrollo.

2. A escuchar, sin perdernos en localismos, el sentir y el clamor de nuestra tierra, de nuestra gente. El papa advierte de esa necesaria fecundidad mutua entre nuestros centros y las periferias. Nuestra tarea no será significativa, ni veraz, sin diálogo con la cultura, y sin percibir el «olor» de los hombres de hoy, hasta quedar impregnados de sus alegrías y esperanzas, de sus tristezas y angustias (cf. GS 1).

3. Por último, nos obliga a crecer como familia y comunidad desde un profundo amor a la Iglesia. Cuando hablamos del CRETA o del ISCR hablamos de una comunidad académica, en la que el rigor y la exigencia en el estudio, la docencia y la investigación van unidas al cuidado de las relaciones interpersonales.

Como decía el reto es grande. Nos sabemos apoyados y acompañados. Eso hace el camino más fácil. Damos gracias a Dios y rogamos al Espíritu que su luz nos acompañe a lo largo del nuevo curso que comienza. Contamos con la intercesión de s. Braulio, nuestro patrón, y de María, a la que cariñosamente invocamos en nuestra tierra como Ntra Sra. del Pilar.

Cerebros, religiones, espiritualidades

Rev. Aragón. Teol. 46 (2017)

Ramon M. Nogués

Para una persona del siglo XXI resulta fácil considerar el cerebro como referencia del mundo mental y como aquella estructura corporal que relaciona la realidad exterior con el mundo interior de cada uno. El cerebro es la “caja negra” que encerraría los secretos del misterioso y variopinto universo que llamamos la mente, y ha tomado el relevo de las competencias de una referencia clásica que se denominaba más frecuentemente el espíritu. Una de las dimensiones importantes en todo tiempo y lugar del universo mental lo constituyen sin duda las religiones y las espiritualidades. Vamos a considerar algunos de los interesantes aspectos que la neurobiología actual contempla a propósito de estas dimensiones de lujo del mundo mental que son las trascendencias religiosas y espirituales.

1. Homeomorfismo cerebro-mente.

El potente desarrollo de la neurobiología moderna ha llevado a la convicción que anima el pensamiento contemporáneo y considera que no cabe distinción alguna entre fenómenos cerebrales y fenómenos mentales, es decir que a toda activación cerebral corresponde una activación mental y viceversa. A esto llamo homeomorfismo, es decir a la posibilidad de establecer una relación biunívoca entre las dos realidades, la cerebral y la mental. Ello constituye una convicción y no una comprobación, pero se trata de una convicción muy coherente con todo tipo de datos observacionales.

Este homeomorfismo es experimental, no metafísico. Es decir, que la afirmación homeomórfica se refiere al mundo observable, pero no implica la negación de que la realidad mental humana pueda referirse también a una dimensión superior no observable experimentalmente (¿espíritu?, ¿alma?... etc) tema que queda reservado a consideraciones de tipo filosófico. Experimentalmente no se puede negar que la presunción homeomórfica resulta perfectamente coherente con las observaciones habituales que muestran que los

fenómenos biológicos que se producen en el cerebro tienen sistemáticamente su proyección mental y, al revés, las observaciones de procesos mentales pueden referirse a modificaciones del funcionamiento cerebral. Los fenómenos espirituales y religiosos no son excepción en el tema, y por tanto tiene interés analizar esta importante aproximación neurobiológica a las experiencias mentales conocidas como espirituales o religiosas. Este punto de vista es importante tanto para reivindicar la presencia de lo religioso o espiritual como componente normal del mundo mental, como para reclamar que lo religioso no intente ser considerado en su observación experimental como un estado superior o ajeno al mundo cerebral.

2. Conformacion cerebral del mundo mental

De lo dicho en el párrafo anterior se deduce que el mundo mental se constituye de acuerdo con todas y cada una de las “piezas” del cerebro. El cerebro humano es el resultado de un complejo y amplio proceso evolutivo del mundo animal que ha ido reuniendo estructuras y competencias progresivamente enriquecedoras que capacitan para la realización de operaciones mentales de alta complejidad, entre las que las más experienciales y subjetivas constituyen las dimensiones más sorprendentes. Veamos a continuación las principales estructuras cerebrales y las funciones mentales que posibilitan.

2.1. Tronco cerebral

La estructura más básica y arcaica del encéfalo humano es el tronco cerebral, la parte en la que la medula espinal se ensancha al entrar en el cráneo. Allí se sitúan una serie de estructuras y núcleos que son responsables muy destacados del funcionamiento de todo el organismo. Centros que coordinan la respiración, el funcionamiento cardiovascular, muchos reflejos automáticos...redes como el sistema reticular activante que da cuenta de la atención general del organismo...etc. Se trata de centros neurológicos de importancia capital, pero cuyo funcionamiento escapa habitualmente a la conciencia, precisamente por su importancia y la conveniencia de que las grandes funciones queden aseguradas al margen de eventuales veleidades conscientes. La inconsciencia es aquí un recurso de seguridad.

2.2. Sistema hipotalámico-hipofisario y conductas de vida

Constituído por el hipotálamo y su glándula asociada, la hipófisis, situados en el centro inferior del encéfalo son la referencia principal de las pulsiones imprescindibles para la vida. Este sistema sería como el “disco duro” en el que estarían grabadas las conductas que garantizan que el ser vivo mantenga su continuidad individual y específica. Los diversos núcleos hipotalámicos pueden considerarse los principales centros propulsores de las inclinaciones imprescindibles para vivir en el sentido biológico de la palabra. A estos centros pueden adscribirse los controles de las tendencias que nos mueven a la realización de la alimentación, la sexualidad, la agresividad-defensa, la territorialidad y la jerarquía. Estas conductas son la materia primera de la vida. Su

combinación en el comportamiento de cada individuo da lugar a esta sinfonía personal y relacional con la que cada especie se presenta junto a las otras en los diversos nichos ecológicos que constituyen la biosfera. Vivir, antes que cualquier otra cosa es realizar correctamente las funciones aludidas. Sobre la armonía de estas conductas pueden construirse y pueden realizarse otras funciones menos “utilitarias”, pero sin ellas, la vida queda comprometida.

Los núcleos hipotalámicos son centros neuronales cuya constitución rige, de modos que desconocemos en muchos detalles, la génesis de las pulsiones de vida, y hacia este fin cuenta con la colaboración de la hipófisis, compleja glándula influenciada por el cerebro y que segrega numerosas hormonas vertidas directamente al sistema circulatorio, o que controlan otras glándulas de secreción interna del organismo. La hipófisis es un auténtico director de orquesta del sistema hormonal. En conjunto las hormonas actúan en paralelo con el sistema nervioso en la regulación de todo el organismo y de sus conductas.

2.3. Sistema límbico y emociones.

El sistema límbico es un conjunto de estructuras sobre las que no hay un acuerdo uniforme entre los autores pero en las que se sitúa de forma general la amígdala cerebral, el hipocampo, el núcleo *accumbens* y parte del tálamo y de los ganglios basales. Más allá de las determinaciones anatómicas, existe acuerdo en señalar estas estructuras como la sede neural de la potente dimensión de las emociones, motor central de la vida animal, que en los humanos acaban elaborados como sentimientos. Ellos acompañan, promueven, condicionan y en forma de pasiones posibilitan que las conductas se manifiesten potenciadas como gozo, tragedia, paz serena, sintonía relacional, reacción airada, horizonte de esperanza y tantos otros matices que dan color, vigor y calidad a la experiencia.

Sabido es que un análisis psicológico profundo descubre la capital importancia de las emociones en la orientación y regulación de nuestras conductas, de manera que son ellas y no las razones las que explican a menudo de una forma más adecuada el funcionamiento de nuestra mente y la orientación concreta que damos a las pulsiones de vida que se comentaban a propósito del sistema hipotalámico-hipofisario. Todo el mundo sabe que, sin desdeñar la importancia de un buen dominio del razonamiento, la mejor garantía para prever una vida “razonablemente feliz” no es una excelente capacidad para la lógica sino una suficiente confianza básica en la vida.

2.4. Corteza cerebral.

Es la parte más exterior del cerebro y lo cubre como una capa delgada de células que forma numerosas circunvoluciones o surcos bastante regulares, algunos de ellos más profundos que dividen el córtex cerebral en lóbulos (frontal, parietales, temporales y occipital). El conjunto del córtex está muy bien delimitado en forma de dos hemisferios. En los distintos lóbulos están

relativamente bien localizadas, aunque no de forma exclusiva, algunas funciones tanto sensoriales como motoras y cada uno de los hemisferios manifiesta una cierta especificidad para algunos estilos de funcionamiento mental. Así por ejemplo en el lóbulo occipital se localizan aspectos importantes de la visión, en el temporal se ubica la audición y comprensión del lenguaje, en el parietal las zonas responsables de la sensibilidad táctil, en la parte posterior del frontal la motricidad etc. Por lo que a estilos hemisféricos se refiere, el izquierdo manifiesta especiales competencias en aspectos importantes del lenguaje abstracto y los sistemas mentales más analíticos, matemáticos etc., mientras que en el derecho podrían situarse las competencias más globales, sintéticas o artísticas.

La capacidad de razonar suele referirse a zonas importantes de los lóbulos frontales, donde, además, se elaborarían los aspectos decisionales de la conducta, aunque estas altas funciones mentales resultan muy difíciles de comprender y situar. Naturalmente, cuanto más abstractas son las funciones consideradas, más difícil resulta relacionarlas con estructuras concretas. Es el caso de funciones mentales como la conciencia, la experiencia del yo, las nociones de responsabilidad o libertad etc. Precisamente entre estas altas funciones se sitúan las transcendencias de las que hablaremos enseguida. De todas formas conviene señalar que ninguna función mental es tan “superior” que pueda considerarse “liberada” de dependencias arcaicas, pulsionales, emocionales etc. De hecho la neurología actual muestra claramente que las redes cerebrales que consideramos clave en los temas cognitivos no se distinguen claramente de las redes especialmente competentes en temas emocionales.

Precisamente la convicción acerca del carácter integral de todo acto mental lleva en el campo de las transcendencias a la propuesta de estudiar seriamente modos de conocimiento que tengan presentes todas las dimensiones estructurales y funcionales del cerebro de forma conjunta, lo que da lugar a interesantes consideraciones acerca del conocimiento que se da en el campo religioso y espiritual. Z. Takayama ha publicado una interesante propuesta epistemológica acerca de lo que llama conocimiento por “inducción-unificadora” que sería importante en el área espiritual y religiosa (Takayama, Z. 2017). Este conocimiento estaría relacionado con las dimensiones analógicas e intuitivas, aspectos importantes aunque no formen parte del tipo de conocimiento analítico y reduccionista que se impone en el rigor de las ciencias experimentales, conocimiento que desde luego no es necesariamente la pauta única y exclusiva para toda forma de conocer.

2.5. Cerebro y organismo.

De la misma forma que no puede comprenderse adecuadamente una experiencia mental sin relacionarla con su correspondencia cerebral, así no pueden interpretarse las experiencias cerebro-mente sin referirlas al conjunto del organismo. El cerebro no es como una especie de pantalla donde proyectamos estados mentales sino una estructura que rige todo el organismo, pero que, a su vez, vive en todo el organismo, de forma que no existen experiencias exclu-

sivamente cerebrales. Toda experiencia mental es una experiencia de todo el organismo. Este punto de vista es fundamental para interpretar tanto una buena comprensión de la neurología, como de la medicina en general y de la espiritualidad en particular. Resulta muy oportuno destacar este punto de vista porque precisamente en las experiencias espirituales en nuestra cultura se ha ido manifestando una insatisfacción creciente por la dicotomía cuerpo-espíritu que ha marcado la tradición espiritual en la cultura occidental. Por el contrario se ha ido suscitando un creciente interés por formas espirituales orientales de ritualidad y meditación que destacan de forma más evidente aspectos de sintonía cuerpo-espíritu.

Esta integración funcional entre cerebro y organismo resulta evidente si se examinan detalladamente las conexiones orgánicas y las funcionalidades de los circuitos que conectan el cerebro con todo el cuerpo. El sistema nervioso, repartido por todo el organismo a través de las redes esquelética y vegetativa, sensitivas y motoras con sus correspondientes subsistemas, explica la participación de todo el cuerpo en cualquier experiencia aunque la sensación sea que la experiencia se produce principalmente y a veces exclusivamente en el cerebro. Tanto la psicosomática como la espiritualidad conocen bien las sutiles interacciones entre sistemas conscientes e inconscientes, razonamientos y emociones, percepciones y fantasías, sistemas musculares o cardiovasculares y expresiones emocionales, experiencias de gozo o dolor y alteraciones viscerales generales como las distonías vegetativas etc. Un sorprendente capítulo de esta dimensión psicosomática lo constituye por ejemplo el creciente interés por la consideración de la importancia que tiene la microbiota intestinal (cientos de miles de millones de bacterias que cada individuo alberga en su intestino)), y su cantidad y cualidad, en los estados de la mente. Todo ello obliga a recuperar los aspectos corporales de las experiencias espirituales, aspectos tan maltratados por la teología cristiana durante tantos siglos, lo que ha creado un antagonismo dualista cuerpo-espíritu (el cuerpo como “el malo”, con todas sus secuelas de condenación de lo sexual, lo satisfactorio, lo sensorial...) hoy día incompatible con una visión unitaria de lo humano.

3. Trascendencias.

Entre los estados mentales humanos destacan por su originalidad y calidad los que denomino trascendencias por constituirse como experiencias que superan los estándares mentales previsibles en las competencias generales de un cerebro animal.

3.1. Más allá de las necesidades de supervivencia.

Las trascendencias mentales humanas se caracterizan por superar los objetivos que señalan las pulsiones de supervivencia de las que más arriba se hablaba a propósito del hipotálamo. Aquellas pulsiones garantizan la posibilidad de mantener en vida al individuo y su especie y son programaciones ineludibles. Las trascendencias humanas señalan unos horizontes nuevos, aunque no ajenos a estas programaciones básicas, y que añaden aspectos de fruición,

sentido, dinamismo, gratuidad y oportunidad creativa a las necesidades vitales. Wittgenstein se refería a ellas cuando hablaba de unas dimensiones mentales de las que era difícil hablar y entre las que citaba de forma destacada la ética, la estética y la religión. Efectivamente cada una de estas dimensiones “leva anclas” respecto de lo necesario para sobrevivir e invita a navegar a mar abierto en orden a señalar objetivos humanizadores para la convivencia humana (ética), simbolizar nuevas dimensiones de belleza en la contemplación de lo real (estética) o establecer vislumbres de respuesta a las cuestiones primeras y últimas de nuestra reflexión (espiritualidades y religiones). Se trata de auténticos bordados que se realizan sobre la urdimbre de la vida.

3.2. Productos mentales muy complejos.

Es común a todas las trascendencias el constituir estados mentales muy complejos en los que se entrelazan íntimamente aspectos conscientes e inconscientes, elementos relacionados con ritmos vitales básicos (p. ej. respiración o latidos cardíacos), pulsiones vitales fundamentales, emociones acompañantes, razonamientos etc. La extrema complejidad de estas experiencias invita a análisis muy cuidadosos y detallados que descubren conexiones sutiles entre los diversos niveles implicados. Por ejemplo resulta enigmático analizar por qué determinadas proporciones matemáticas, como la conocida como proporción áurea, despierta una sensación estética agradable de forma muy transversal entre humanos; o por qué el principio de no hacer a los demás lo que no queremos para nosotros, constituye una norma ética universal. Algunos autores han analizado desde la neurobiología las estructuras cerebrales y las funciones que de forma aunada dan lugar a la constitución de experiencias integradas de gran nivel como la aparición del yo, o la estructuración de los sentimientos. A. Damasio constituye en este aspecto una cita obligada en relación con algunas de su más conocidas obras, (Damasio, A. 1996, 2005, 2010).

Las trascendencias pues responden todas a unos mismos modelos que apuntan a valores o realidades solamente asequibles de forma muy parcial. Así que no es fácil comparar este tipo de experiencias con las que dan como resultado datos experimentales cuantificables, o lo que solemos considerar “verdad” científica. No tiene por ejemplo mucho sentido preguntarse por la verdad de una experiencia estética (como la de experimentar como agradable la proporción áurea o una melodía barroca), de un deber moral o de una profundización espiritual, como si se tratase de adquirir una certeza como la derivada de la convicción experimental. Desde este punto de vista las trascendencias apuntan a un tipo de “verdad” que está más allá de lo identificable estrictamente con datos experimentales sujetos únicamente a la crítica lógica formal. La vida y la realidad extienden sus fronteras mucho más allá de lo que un cerebro, al fin y al cabo darwinianamente limitado y ordenado a la simple supervivencia, es capaz de comprender adecuadamente.

3.3. Expresiones simbólicas.

El lenguaje que corresponde a las trascendencias necesita recurrir a expresiones simbólicas en la medida en que sus propuestas apuntan a una realidad

profunda que está más allá de la percepción inmediata. Se trata de orientar hacia la consideración de la belleza (estética), la utopía (ética), o lo que Einstein denominaba el “Misterio” (trascendencia espiritual o religiosa en diversas versiones). No solamente esto. Muchas de las nociones fundamentales de la convivencia humana requieren también una aproximación “holística” no reduccionista, por ejemplo la noción de dignidad. Hacia este tipo de realidades solamente el lenguaje simbólico puede orientar. Hay que señalar que este lenguaje no es falso sino en todo caso parcial o insuficiente habida cuenta de las realidades que trata, pero “verdadero” en su dimensión. A pesar de su parcialidad puede expresar una profundidad que no posee el lenguaje descriptivo experimental. Es el caso conocido del enamorado que describe a su amada en términos figurados (dientes de perla, labios de coral), términos que no corresponden a una descripción científica (los dientes son de dentina etc y los labios de proteínas musculares...) pero indican una profundidad amorosa real que no es descriptible en términos científicos. Es en este sentido que Picasso decía que “el arte es una mentira que dice la verdad”.

4. Espiritualidades, religiones.

No resulta nada fácil distinguir espiritualidades y religiones si tenemos en cuenta las numerosas intersecciones que mantienen ambos conceptos. Las casi 700 páginas de uno de los textos de referencia al respecto, no dejan lugar a dudas (Paloutzian, R. F. y C. L. Park, 2015). Este texto aborda las relaciones entre psicología, espiritualidad y religión. Efectivamente estas tres realidades mantienen estrechos vínculos, pero es posible e interesante establecer distinciones entre ellas.

En la cultura occidental se ha creado desde unos años a esta parte un movimiento de reivindicación de lo espiritual en contra de lo religioso. Se trata solamente de algunas áreas concretas de la cultura occidental; una muy amplia mayoría de la humanidad vive tranquilamente con creencias religiosas de las que obtiene vivas experiencias espirituales. La explicación de este enfrentamiento entre espiritualidad y religión radica en la reivindicación de una parte de la autonomía de lo espiritual frente a lo religioso, y de otra a un intento de saldar con las religiones el precio por sus intentos de ejercer dominancias sociales y políticas. Este fenómeno puede tener el interés de haber planteado la originalidad del hecho espiritual en relación con el religioso, pero también tiene el riesgo de menospreciar el indudable interés del hecho religioso en cuanto tal. En todo caso resulta interesante precisar las diferencias entre psicología, espiritualidad y religión. Intentemos hacerlo de forma escueta.

La psicología se propone analizar y tratar los diversos niveles del mundo mental para descubrir y organizar sus relaciones, armonizándolas en orden a una madurez personal que permita al individuo un razonable bienestar y una dedicación amorosa hacia las personas con las que convive.

Las espiritualidades, tomando nota de lo que la psicología establece, se ocupa de ofrecer al individuo la posibilidad de una “iluminación” que unifique

y acentúe la calidad del mundo interior, orientándolo en distintas direcciones siempre en orden a dar profundidad y sentido a la propia vida. Así por ejemplo esta “iluminación” puede permitir, desde una identificación personal con la Realidad Total, hasta el descubrimiento del valor de una dedicación desinteresada a la reivindicación de la justicia, pasando por diversos matices de la profundidad estética, ecológica etc. En todos los casos esta percepción permite al individuo el acceso a nuevos niveles de profundidad y sentido de la propia vida.

Las religiones anuncian la “revelación” de algún tipo de realidad o mensaje relacionado con un Misterio que se sitúa más allá del perímetro humano, en una realidad superior personal no necesariamente antropomórfica a la que tradicionalmente se suele designar con el nombre genérico de “dios”. Esta realidad se expresa simbólicamente en relatos cuyo sentido se comparte en instituciones comunitarias que permiten experimentar y celebrar el gozo y el sentido de esta revelación. El reconocimiento de una realidad superior (el “Misterio”) es perfectamente coherente con una comprensión adecuada de lo que significa la dimensión constitucionalmente limitada de un cerebro aparecido por evolución darwiniana frente al enigma en el que todos nos hallamos ante la consideración de la Realidad Total.

En una ocasión le preguntaron al Dalai Lama cual era la diferencia entre psicología y espiritualidad, respondiendo él que la psicología se podía relacionar con la imagen del agua, componente esencial del metabolismo, absolutamente imprescindible para el funcionamiento de la vida. La espiritualidad podría equipararse entonces al té, que consiste en una infusión en la que el agua sigue siendo un elemento esencial, pero el té le añade un sabor, un vigor, una virtualidad saludable que enriquece su ingestión. Yo añadiría que la religión podría interpretarse, siguiendo la metáfora, como la toma del té con pastas en la agradable compañía de un grupo con el que se comparten convicciones, mensajes y esperanzas.

5. Espiritualidades, religiones y salud.

El desembarco de la espiritualidad no religiosa en la cultura occidental ha ido acompañado de un interés creciente de la neurociencia por el estudio de los beneficios que la práctica de la meditación puede aportar a la salud y el bienestar. Este fenómeno se ha producido sobre todo en relación con la promoción de la forma occidental de meditación inspirada en la meditación budista y conocida como *mindfulness* (atención plena). Se trata de un movimiento promovido por Jon Kabat-Zinn, médico del prestigioso MIT que adaptó algunas formas de interiorización de la tradición budista para trabajar el mundo interior a partir de ejercicios de atención orientados a controlar el mundo mental para lograr la reducción de la ansiedad relacionada con el estrés, la depresión etc. Sus propuestas son hoy muy fácilmente asequibles (Kabat-Zinn, J. 2016). Alrededor de esta promoción se ha desarrollado un interés creciente por la práctica de ejercicios de meditación y su aplicación a diversas formas de atención a la salud, ya sea como educación general de la persona,

ya sea como complemento psicosomático muy interesante para acompañar procesos de restablecimiento de la salud consecuentes a enfermedades o intervenciones sanitarias diversas. El auge de este interés se manifiesta en las publicaciones sobre el tema, en revistas de excelente nivel científico, que se han disparado en los últimos años de forma exponencial. (Lauricella, S. 2016). Los temas investigados son múltiples y orientados a la búsqueda de los efectos beneficiosos de la meditación, algunos tan inesperados como, por ejemplo, el mantenimiento de la integridad de los telómeros cromosómicos (Epel, E. et al. 2009). Artículos de revisión sobre el tema resumen las acciones propias de los métodos espirituales centrados en el cultivo corporal en dos direcciones: el *top-down* o dirección que parte de atenciones directas al mundo mental que se dirigen hacia una relajación corporal (p. ej. partiendo de acciones sobre la atención a una impresión o idea la orientamos hacia una relajación corpórea), o el *bottom-up* que centrándose en estímulos corporales como la respiración intenta comprometer el mundo mental en el proceso de tranquilizador (Muehsa, D. et al. 2017)

El interés acerca de estos temas se refleja por ejemplo en la Bibliografía especializada que mensualmente proporciona el Institute of Biocultural Study of Religion y que recoge centenares de citas en revistas de las correspondientes especialidades referentes a religión y cerebro, y espiritualidad y salud, todo estudiado desde el punto de vista de las ciencias neurobiológicas y de la salud. Desde el punto de vista del interés social puede citarse el informe "Mindful Nation UK" elaborado por el grupo *Mindfulness All Party Parliamentary Group* del Parlamento británico que concluye con la recomendación de aplicar los beneficios de la práctica del mindfulness a la salud, la educación, el trabajo y la justicia del pueblo británico.

Hay que señalar que los beneficios de la meditación y las prácticas espirituales estudiadas preferentemente en relación con la *mindfulness* o diversas tradiciones espirituales orientales, son perfectamente extensibles a las prácticas religiosas que tengan contenido espiritual consistente y sano. Efectivamente grandes tradiciones religiosas mundiales entre las que cuentan las védicas del hinduismo o las monoteístas (cristianismo, islam i judaísmo), y a las que se adscribe la mayoría de la humanidad, han sido el origen de riquísimas prácticas espirituales perfectamente comparables a las que ha originado el budismo o el taoísmo.

6. Tradiciones religiosas/espirituales y humanización.

La antropología evolutiva llega a la conclusión que las espiritualidades/religiones constituyen una realidad cultural de primer orden a la que darwinianamente hay que atribuir un valor adaptativo positivo si tenemos en cuenta su presencia universal y constante. Muchos intentan establecer las ventajas evolutivas asociadas a las convicciones religiosas y las prácticas espirituales, y existen diversas propuestas al respecto. Respecto de las prácticas espirituales, el moderno interés de la ciencia confirma sus aportaciones saludables, y no parece que esta constatación merezca ninguna desautorización. No se ve

por qué habría que negar a la espiritualidad una clara aportación al proceso de humanización. En este sentido los movimientos espirituales no religiosos modernos siguen proponiendo itinerarios de crecimiento interior que mimetizan perfectamente en muchos aspectos las clásicas aportaciones de las religiones tradicionales.

Por lo que se refiere a las consideraciones históricas conjuntas acerca de los beneficios que las tradiciones espirituales y religiosas han aportado al progreso humano es oportuna la cita de la aportación que al respecto realizó Karl Jaspers y tematizó más modernamente Karen Armstrong. Como es sabido Jaspers en una obra que tituló "Origen y meta de la historia" propuso la consideración de un "tiempo-eje" situado entre los siglos VII y III antes de Cristo en el que se produce una especie de "maduración" universal de las culturas humanas y que viene señalada por la aportación de figuras espirituales y religiosas entre las que se encuentran Buda, Confucio, Lao-Tse, los grandes profetas de Israel y los grandes pensadores griegos. Esta maduración consistiría en la substitución del clan y la sangre como vínculo fundamental y exclusivo, por el grupo de adhesión y el mensaje, y la progresiva eliminación de la violencia como elemento social para dar paso al razonamiento y la convicción. Sobre estos cambios se constituía la nueva humanidad y sus aportaciones aun hoy día constituyen las bases de muchas de nuestras mejores realizaciones culturales. Jaspers recogió en algunas de sus obras las aportaciones de estos maestros de vida (Jaspers, K. 2001). Karen Armstrong ha estudiado, desde su especialidad en historia de las religiones y ha documentado ampliamente el impacto cultural del tiempo-eje de Jaspers (Armstrong, K. 2007).

Los estudios de antropología de campo confirman la importancia de la religión para la evolución de la cultura, y ello no tiene ninguna consecuencia en las ideologías que puedan acompañar la afirmación o la negación de la existencia de Dios, tema que corresponde más a la filosofía o la teología que a la ciencia. B. G. Purzycki con su equipo publicaba no hace mucho en la prestigiosa revista *Nature* un trabajo ensalzando el papel de los dioses en la expansión de la sociabilidad humana (Purzycki, B. G. et al. 2016), trabajo que suscitaba en la misma revista un interesante comentario de parte de D. D. P. Johnson que titulaba: "La mano de los dioses en la civilización humana" (Johnson, D.D.P. 2016). Los dioses, con sus religiones y espiritualidades, han propiciado que unos homínidos se hubieran convertido en humanos. Esperemos que religiones y espiritualidades sigan cumpliendo su interesante función.